

Tiempo de incertidumbre



Juan Blas Uría Ríos, fin de año 1973 ó 1974, en el palacio de Meres.
Archivo de Arturo Gutiérrez de Terán.

JUAN BLAS URÍA RÍOS

Tiempo de incertidumbre

Introducción por ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA

KRK EDICIONES • 2025

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: BREZA CECCHINI RÍU
COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

© Herederos de Juan Blas Uría Ríos

© de esta edición, Krk Ediciones

www.krkediciones.com

Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo

ISBN: 978-84-8367-867-1

D.L.: AS-1565-2025

Grafinsa. Oviedo

Índice

Introducción

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA, El lector que escribía.	9
--	---

TIEMPO DE INCERTIDUMBRE

1. ¡Pobre toro!	23
2. Viaje a Portugal	34
3. El Lloréu	44
4. Ramón y Juanín	59
5. ¡Somos los últimos!	69
6. Drogas.	84
7. ¿Pacto político o pacto social? . .	107
8. Adiós	136
9. La candidatura regionalista . . .	144
10. Pravia	153
11. La Iglesia	161
12. Oviedo	166
13. El ayer	180
14. Pesadillas	189

INTRODUCCIÓN

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA

El lector que escribía

¿Van a ser estas líneas una semblanza del autor?, ¿una reseña crítica del texto que construyó en su día?, ¿una guía cartográfica del período histórico en que se inscribe?, ¿una justificación teórica del género narrativo que el narrador desarrolla? Las respuestas a estas preguntas deberían dar luz al artificio que tenemos entre manos.

Pongamos orden. El autor, Juan Blas Uría Ríos, fallecido prematuramente en el año 2012 en Oviedo, había estudiado con excelentes calificaciones la carrera de Derecho en nuestra universidad, pero no se sintió atraído por la práctica profesional, tras un breve ejercicio en un conocido despacho de abogados de la ciudad. Juan Blas había nacido en Madrid en 1941, donde residieron una temporada sus padres, en el seno de una familia de la burguesía ovetense, culta y liberal, no vinculada a los grupos de poder tradicionales que mantuvieron la arquitectura ideológica de la dictadura franquista. Una familia en la que brillaba con luz propia uno de los miembros más destacados en el ámbito universitario ovetense: don Juan Uría Ríu, medievalista de prestigio nacional, y una figura de cuyo magisterio y ejemplaridad personal se beneficiarían muchas promociones de universitarios asturianos. El amor a Asturias, a sus tradiciones, a su escondida ruralidad, impregnó de color identitario a aquellos

que pasaron por sus clases o tuvieron la fortuna de compartir horas de tertulia en su compañía (de todos es conocida la que se reunía en los años cincuenta y sesenta en los bajos del palacio de Heredia, *Casa Noriega*, a escasos metros de la catedral gótica de la ciudad). Creo que ese ambiente es el que construye, en sus inicios, la personalidad intelectual del joven Juan Blas y del que participaban en igual grado otros estudiantes de Derecho que, con el tiempo, trocarían el previsible futuro jurídico de sus vidas por los estudios de Filosofía y Letras, en el mismo caserón de San Francisco. A tres de aquellos estudiantes de Derecho tuve la ocasión de conocerlos en mi casa, cuando llegaban los exámenes finales y preparaban juntos las asignaturas. Uno de ellos era Juan Blas, entonces *Chani* para sus amigos; los otros dos eran mi hermano Juan Ignacio, *Nacho*, Emilio Marcos Vallaure y Lalo Varela de Merás. De los cuatro, Chani, Nacho y Emilio acabaron en las aulas de Filosofía y Letras, y Lalo Varela optó por hacer oposiciones al Instituto Social de la Marina. En el archivo fotográfico familiar hay muchas muestras de los cuatro, pateando las brañas y aldeas de la Asturias rural, aprendiendo a conocer y respetar las formas de vida tradicional de las que ellos estaban tan alejados.

A Juan Blas lo volví a tratar cuando yo andaba por los cursos finales de Filosofía y Letras, en tertulias de estudiantes que abrevaban gozosos en Casa Manolo, Casa Tuto, El Gato Negro o el Bar Azul, en todos aquellos lugares de Oviedo, cuando los bares, chigres y sidrerías eran espacios autónomos, en los que se podían desarrollar en armonía la música coral, la discusión política y el comentario sobre libros, películas o acontecimientos de la vida local y regional.

Murió Franco y con su desaparición las estructuras políticas de la dictadura no pudieron detener la marea civil de la democracia. El choque tectónico entre los polos ideológicos del régimen y de las fuerzas de la oposición política trasladó a la realidad de la vida española una tensión social que afectó a todos los espacios de la vida económica, laboral y cultural del país. Eran los años setenta, los previos y los posteriores a la muerte del dictador, y la enseñanza —en sus distintos niveles— agitaba, junto a otros colectivos, la vida diaria de los españoles. En ese contexto, la figura de Juan Blas Uría reaparece en las luchas de los profesores no numerarios de la enseñanza media, luchas en las que el Partido Comunista y otras organizaciones de izquierda jugaban un papel organizativo innegable. En la obra que tiene el lector entre sus manos, *Tiempo de incertidumbre*, el narrador dedica un amplio espacio a estos temas del debate interno que se produce en los círculos opositores, a la organización de las luchas clandestinas, poniendo de manifiesto el entusiasmo y la disciplina que impregnaba la conciencia política de los jóvenes profesores que lideraban el movimiento.

Tiempo de incertidumbre es la tercera obra narrativa de Juan Blas Uría, inédita hasta el momento. Anteriores a ella, el autor había sido editado en dos ocasiones: en 1982, con *Las aventuras de sir Galahad*, y en 1988, con *Los ocios del farero*. La primera constituía un texto unitario en el que se ensamblaban historias de luchas, amores, viajes, deslealtades y hermandades de atmósfera medieval, en la línea recorrida mucho antes por los autores ingleses que triunfarían a mediados de siglo XX entre los lectores europeos y americanos. Hablo de escritores como William

Morris, Robert Howard o J. R. Tolkien, recreadores de las sagas nórdicas, que tuvieron un amplio eco en el público infantil y juvenil y que fueron llevadas al cine (*Conan el bárbaro*, *El hobbit* o el archipopular *El señor de los anillos*). Es más que probable que Juan Blas Uría conociera estas obras y a sus autores y quisiera reproducir aquellos climas literarios que abrieron su espíritu a la lectura literaria. Recuerdo que en conversaciones que manteníamos en sidrerías y chigres de Oviedo, Juan Blas hablaba con pasión de autores como Stevenson, Kipling, Salgari o P. H. Wren, el genial creador de la saga narrativa de *Beau Geste*, de la que podía recordar párrafos para él inolvidables.

En su segunda obra publicada, *Los ocios del farero*, de 1988, Juan Blas reúne quince relatos de extensión variable, en los que la realidad colisiona, como materia ineficaz, frente a la fantasía; pero, en realidad, las historias tienen un tejido común, deambulan al margen del tiempo y muestran un desinterés por el plan que suele construir las historias que el lector puede interpretar como desaliño narrativo. La naturaleza se convierte en un elemento autónomo, que rectifica o confirma el pensamiento y las acciones de los personajes. El *farero* imagina, descubre y desarrolla relatos que van de lo fantástico («El peñón de la diosa», «Las hijas del aire», «La leyenda del toro azul»...) a lo paródico («Alain Resnais en el Piles»), pero siempre con el elemento común del mar como escenario.

En esta obra que por primera vez se edita, *Tiempo de incertidumbre*, la imaginación, la fantasía, la irrealidad ya no reflejan las intenciones del autor. Da la impresión de que éste ha querido pagar una deuda pendiente con su tiempo, contándonos

una historia que es, en buena medida, un fragmento de su vida, el memorial de una época que en la historia de España supuso el paso de la interminable dictadura a la democracia, con la restauración monárquica como instancia moderadora del Estado.

El primer problema que se le plantea al reseñista del texto es determinar el género en que éste se inscribe. En él, todo remite a la realidad más próxima y vivida, hasta el punto de que los personajes que aparecen en sus páginas son no solo reales sino reconocibles; personas que ejercieron en distinta medida una clara influencia sobre el autor-narrador, que jugaron un papel nada anónimo en los cambios que, lentamente, iban produciéndose en la vida política y social de Asturias (el arquitecto Ramón Rañada, el sindicalista Juan Muñiz Zapico, *Juanín*, el ingeniero Julio Gavito, el activista José Luis Iglesias Riopedre, el músico Beni Millares y otros muchos nombres que remiten a aquellos años temblorosos de la transición. El autor da testimonio de su fugaz paso por el Partido Comunista, de las asambleas de profesores no numerarios de instituto, de los inicios organizativos del Sindicato de Campesinos Asturianos, del modelo educativo ejercido por los sectores privados (el colegio San Luis de Pravia y su célebre director, Manuel de la Torre), del proyecto de una granja avícola en la ladera del Sueve, en el que Juan Blas había empeñado ilusiones y dinero. El ingenuo proyecto de restaurar una vida alejada de las normas urbanas, viviendo al compás de una naturaleza pródiga, en compañía de un grupo de amigos hedonistas y despreocupados. Una especie de falansterio, una unidad de producción y consumo que resulta fallida, por la escasa disciplina en el trabajo y el desorden

económico del grupo. En la caracterización de la «comuna», en la descripción de los tipos humanos que la componen y en el escenario bucólico y, en ocasiones, de una gran belleza visual, residen algunos de los elementos notables de esta historia. Hablando del Sueve, escribe el autor: «Al oeste termina abruptamente sobre el rastro del sol; y al este, en una serie de cañones boscosos en abanico, por cuyos senos trepidan los torrentes de la montaña, enfrenta abiertamente la gran barrera donde se detiene la llanura central: los Picos de Europa»; o cuando se refiere a la casería de la propiedad: «La casa estaba construida en uno de los cañones del Sueve abiertos al este, a la mitad de una gran pradería en talud, y en la otra vaguada se alzaba toda una extensión boscosa. Eran los árboles principalmente abetos, de un sombrío verde disonante en la Asturias risueña, pero hacia los lados, como una orla triunfal, la vegetación autóctona comenzaba a imponerse en una perfecta evocación del futuro revolucionario». Descripciones que recuerdan las de los grandes paisajistas ingleses y alemanes del siglo XIX, y otorgan al texto una calidad de escritura que hoy ha desaparecido prácticamente del relato literario.

Los últimos años en la vida de Juan Blas Uría estuvieron marcados por la soledad autoimpuesta (la desaparición de seres a los que se sentía especialmente vinculado precipitó una crisis mental que acentuó su fragilidad y escasa disposición a remediarla). Atrás dejaba un período de renacimiento personal que había llenado su espíritu de planes y proyectos, de deseos de integración en un mundo social del que siempre había desconfiado y en el que nunca se había sentido integrado plenamente.

El estremecedor final de la obra desvela la amargura de un camino interrumpido, para el que no había alternativa ni futuro.

...a marcha lenta llegó a Villaviciosa, donde detuvo el coche ante un chigre, oscuro como los de antaño. Allí, consciente de haberse reintegrado a su particular reino de locura, entró para vaciar una copa y ver si desde su fondo Javier volvía a consolarlo. Pero Javier había muerto en 1973 una mañana de domingo bajo el sol, y sobre su tumba crece la hierba.